

Luz y Martí. Coincidencias y diferencias

Ibrahim Hidalgo Paz

Investigador. Centro de Estudios Martianos.

Tócanos la *coincidencia* de los grandes pensadores, atravesando los tiempos y el espacio —prueba de la *identidad* del espíritu humano.

José de la Luz y Caballero

No cabe duda de que José Martí llegó a conocer la personalidad de José de la Luz y Caballero, y que lo admiraba aun antes de haber leído alguno de sus textos. Cuando falleció el director de El Salvador, quien llegaría a ser seguidor consciente de sus ideas esenciales solo contaba nueve años, y recordaría, mucho después, su reacción al enterarse de lo ocurrido: «Por dos hombres temblé y lloré al saber de su muerte, *sin conocerlos, sin saber un ápice de su vida*: por Don José de la Luz, y por Lincoln». ¹ Nada sabía entonces sobre el ilustre cubano, pero una criatura tan sensible como aquella no fue ajena al acontecimiento que enlutó a la capital de la Isla en junio de 1862, como expresó en uno de sus textos: «La Habana es el entierro de Don José de la Luz [...] ¡ciudad infeliz, que solo ha podido hasta ahora enseñarse entera en los entierros!». ²

Primera mención en el Premio *Temas* de Ensayo 2007, en la modalidad de Estudios sobre arte y literatura.

Otros hechos dan la medida de su conocimiento del maestro admirado. En agosto de 1875 realizó un paralelismo entre Luz y el peruano Francisco de Paula Vigil, quien murió, y «Lima entera» lo acompañó a su tumba. El autor rememora entonces el entierro del maestro habanero y señala: «Él había dado a su patria toda la paciencia de su mansedumbre, todo el vigor de su raciocinio, toda la resignación de su esperanza». Luz le sirve de punto de comparación para destacar sus diferencias y cercanías con el peruano:

Muere ahora en Lima *otro* espíritu puro, más ascético, no más sabio; más activo, no más abnegado [...] *También* su patria siente vivo en sí al ilustre hombre que ha muerto: *también* los hombres que nacen se sienten guiados de la mano por el que acaba de morir: *también* oirán los niños hablar de un hombre salvador.

La frase final pone de manifiesto su admiración por ambos, y la impronta de sus obras: «Así se es hombre: vertido en todo un pueblo». ³

En México, el joven cubano recibió los originales de un manojito de cartas escritas por Luz a su amigo José Podbielski, lo que posiblemente ocurrió en 1876, lo que muestra su confianza en el joven amigo, al punto

de hacerlo depositario de los valiosos documentos, que el polaco llamaba «su mejor tesoro», y había conservado celosamente.

En 1882, Martí envió copia de estos a Vidal Morales y se refirió al maestro habanero, en tono amoroso y familiar, como «nuestro *Pepe*», de quien tenía una alta valoración: «El pensamiento era tan firme en él como la mano», capaz de escribir «letras, —tan anchas, tan arrogantes y tan claras!». ⁴ Estas cartas fueron publicadas por el autor de *Ismaelillo* en el número de marzo de 1888 de *El Economista Americano*, precedidas por una nota en la que califica a Luz como «hombre santo», sabio educador de un pueblo: «Sembró hombres». ⁵ Cuando dio a conocer los textos, hacía tres años que Manuel Sanguily había publicado en la *Revista Cubana* su ensayo biográfico «José de la Luz y Caballero», que evidenció las intenciones de José Ignacio Rodríguez de destruir la imagen del integérrimo maestro. ⁶

Es poco probable que Martí desconociera la obra de su antiguo profesor en el colegio de Rafael M^a de Mendive, la impugnación de Sanguily y la polémica entre ambos. El libro de Rodríguez fue la primera biografía sobre Luz, muy comentada en la época, y es difícil que el joven patriota, periodista de amplio caudal informativo, ignorara su existencia, sobre todo si tenemos en cuenta que la edición de 1879 debió circular en Nueva York cuando él arribó a esa ciudad. Pudo obtener de esta datos y referencias documentales, así como formarse una visión más acabada del admirado forjador de ciudadanos, sin subordinar su concepción acerca del pensamiento y la actuación lucistas a la de aquel autor.

Manuel Sanguily fue el primero en poner de relieve el error de considerar la trayectoria de Luz como una línea continua, y analizó diferentes etapas en su desarrollo, que explican los cambios sufridos por aquel ser humano sensible y de precaria salud. El conocimiento de sus agudas observaciones pudieron haber corroborado, matizado o profundizado el juicio martiano; pero, como señalamos en párrafos previos, la admiración por el sabio profesor habanero había determinado valoraciones certeras y expresiones de cariño filial antes de 1885. ⁷

En vida de Martí, eran muy escasos los textos de Luz publicados, a pesar de su voluntad testamentaria. Solo se conocían, hacia la segunda mitad del siglo XIX, poco más de un centenar de aforismos, que Enrique Piñeyro publicó en la *Revista del Pueblo* y en la *Revista Habanera*, y que José Ignacio Rodríguez reprodujo en su citada obra. Fue en 1890 cuando apareció «el primer tomo de las *Obras*, gracias al empeño de Alfredo Zayas». ⁸ No obstante, el Maestro había citado con rigor, en enero del año anterior, un párrafo en el que Luz

comentaba el fervor de los jóvenes cubanos que pugnaban por llevar sobre sus hombros el féretro del obispo Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa. ⁹

No solo admiración por la personalidad de Luz, sino además cariño e íntimo respeto, se pusieron de manifiesto en el interés del Delegado del Partido Revolucionario Cubano por tener consigo su imagen. Desde que comenzó los viajes por las emigraciones, en la etapa inicial de la preparación de la nueva guerra de liberación, se percató de que la efigie de «aquel maestro de ojos hondos» presidía las escuelas, los hogares y las reuniones políticas: «Yo no vi casa ni tribuna, en el Cayo ni en Tampa, sin el retrato de José de la Luz y Caballero...!». ¹⁰

Luz era el «padre amoroso del alma cubana», ¹¹ y así lo reconocían y hacían suyo las masas de la emigración y de la Isla, pues «en los países de desdén y discordia, quieren, con apego de hijo, a los hombres de justicia y amor», ¹² lo que explica la presencia de su imagen, como un miembro venerado de la propia familia, en las viviendas; como ejemplo de labor magisterial, en las escuelas; como paradigma de patriotismo, en las tribunas; y, como el joven revolucionario escribió en 1875, «la generación que ha nacido siente en su frente el beso paternal del sabio José de la Luz y Caballero». ¹³

Martí también deseaba tener a su lado «al Don Pepe que concibo», por lo cual solicitó a Benjamín Guerra el préstamo del retrato de Luz que este poseía, «porque un artista generoso quiere hacerme el favor de regalarme una pintura al óleo de él». ¹⁴ No hay constancia de similar interés del Delegado por tener consigo la imagen de otro patriota cubano, lo que muestra, además de la admiración por la personalidad histórica y la coincidencia con lo esencial del pensamiento lucista, una actitud de veneración hacia aquel hombre noble.

Luz y Martí. La política

La valentía política, de raigambre ética, solo puede ser menospreciada por los viles. Martí, desde sus primeros textos, elogió el heroísmo en todas sus manifestaciones, tanto de quienes desafiaban la muerte en los campos de batalla como de los que, con igual coraje, defendían con dignidad una idea justa, donde quiera que fuese. Por las biografías de Rodríguez y Sanguily, y quizás principalmente por la tradición oral, debió conocer las actitudes de Luz y Caballero en varios momentos de su vida, que muestran al hombre en toda su entereza. Es imposible dejar de sentir admiración hacia aquel profesor que con solo veinticuatro años, en la

inauguración del curso de Filosofía en el Seminario de San Carlos, proclamó a Félix Varela como su «ilustre y siempre apreciable maestro y predecesor», y le prometió hacer cuanto estuviera de su parte «para mostrarme tu digno discípulo», y seguir «el camino que me has trazado».¹⁵ No solo se requería honestidad intelectual para hacer una declaración pública de tal magnitud, sino poseer una valentía personal que lindaba con la osadía, pues el Padre fundador había sido condenado a muerte por el rey, y continuaba su labor independentista con la publicación de *El Habanero*, en los Estados Unidos, sin hacer concesión alguna al régimen tiránico.

Conocida era, igualmente, su defensa de su amigo José Antonio Saco con motivo del decreto de destierro dispuesto por el capitán general Miguel Tacón, célebre por su odio hacia los criollos. Era previsible que este llegara a saber que la «Representación» que le entregara el maestro habanero se debía a su autoría, lo que no arredró al honesto defensor ante posibles represalias.¹⁶

Debió trascender, asimismo, como la más alta expresión de valentía política de aquel hombre débil y enfermo, su retorno desde Francia en medio del sanguinario proceso represivo conocido como «Conspiración de la escalera».¹⁷ A pesar del peligro de encarcelamiento y torturas, decidió enfrentar a las autoridades coloniales, como ejemplo de dignidad frente a aquella nueva manifestación arbitraria e inescrupulosa de un poder totalitario y opresor.

En su época, y aun en la actualidad, quien fuera un agudo polemista generó opiniones diversas y encontradas. En dos tendencias extremas pudieran resumirse las principales argumentaciones en cuanto a su pensamiento y su actuación políticas: de una parte, quienes lo han considerado antiseparatista, defensor de los intereses de la oligarquía esclavista, educador al servicio exclusivo de estos y católico ultramontano; de otra, un Luz y Caballero propagandista del separatismo, activista de la abolición de la esclavitud, que hizo del aula tribuna de difusión política, y materialista y ateo.¹⁸

Estas polarizaciones carecen de fundamento documental y se alejan de una valoración histórica acertada. Sería erróneo obviar las opiniones acerca del peligro que para los colonialistas significaba la influencia del noble patriota sobre su pueblo. La intuición —no el conocimiento de la obra lucista— de los defensores de la opresión desató las expresiones de odio irracional contra aquel maestro que, aun desde el humilde lecho donde moría, llevó a cabo su última protesta en actos contra el régimen arbitrario que asfixiaba a su patria, al rechazar los servicios de los representantes de la iglesia servidora del sistema, y entregó su alma al Dios en que creía sin apelar a ellos.

Las manifestaciones extremistas contribuyeron a que se justificara «la creencia popular y patriótica» de la proyección revolucionaria de las palabras y los hechos de Luz y Caballero, como explicara Sanguily,¹⁹ pues desde los años 60 del siglo XIX no era concebible, para la mayoría, que el patriotismo estuviera separado de la idea de la independencia, por lo que incluso llegó a valorársele como precursor de la guerra iniciada en 1868.

Sin mencionar a un autor u otro, Martí participó en la polémica en torno al pensamiento y el quehacer político-social de Luz, al ofrecer su valoración de la figura histórica. Para él fue, ante todo, «el *silencioso* fundador», e insistió en la idea de la discreción autoimpuesta: «prefirió ponerse *calladamente*, sin que le sospecharan el mérito ojos nimios, de cimiento de la gloria patria».²⁰ ¿Por qué esta voluntad de ocultamiento? Quizás el Apóstol valorara que las dolorosas experiencias sufridas por Luz le indicaran que, como en su caso, «hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin».²¹ El digno educador encontró formas de continuar su obra *calladamente*. El 27 de marzo de 1848 fundó el colegio El Salvador.

Martí afirmó que Luz «fue maestro y convirtió en una sola generación un pueblo educado para la esclavitud en un pueblo de héroes, trabajadores y hombres libres».²² Por la vastedad que confiere a su obra concientizadora, debe entenderse que aludía no solo a las clases impartidas en sus aulas, sino también a su influencia sobre el amplio círculo que recibía sus enseñanzas y admiraba su ejemplo de patriótica dedicación. Esta visión es ratificada en la valoración martiana de 1894: «él, que es uno en nuestras almas, y de su sepultura ha cundido por toda nuestra tierra, y la inunda aún con el fuego de su rebeldía y la salud de su caridad»,²³ observación que, en los momentos que fue escrita, sitúa a Luz entre los pensadores cuyas ideas, transmitidas de una generación a otra, fueron depuradas de las limitaciones que en su tiempo las lastraban, y cuyo núcleo puro trascendió, con la vigencia de las verdades esenciales. Advirtamos que alude a «la salud de su caridad», sin contraponerla al «fuego de su rebeldía», pues en ningún pecho noble religión y revolución son elementos contradictorios.

Si solo tuviéramos en cuenta a quienes asistían a sus clases, sería acertado afirmar, como señala Carlos Rafael Rodríguez, que «fue el educador de los privilegiados, el maestro de la burguesía», aunque, aclara, no «el educador del privilegio», pues se opuso al colonialismo y a la esclavitud, al inculcar normas éticas que formarían en los jóvenes el rechazo a la posesión de seres humanos reducidos a la condición animal, y promover la

aplicación de los adelantos científicos y técnicos para el desarrollo del país, lo que, en el ideal lucista, llevaría a cabo una burguesía instruida, capaz de generar el progreso basado en el desarrollo industrial.²⁴

El Delegado del PRC expresó su identificación con lo esencial del ideario lucista, en artículo publicado en *Patria*, donde amplía la frase con que culminó el párrafo inicial del texto de 1888: «Sembró hombres». Luz pudo regar la simiente en las conciencias, pero intuía que era imposible obtener la cosecha en aquella sociedad que lo rodeaba: «se sofocó el corazón con mano heroica, para dar tiempo a que se le criase de él la juventud con quien se habría de ganar la libertad que solo brillaría sobre sus huesos».²⁵ Era el tiempo necesario para que las condiciones históricas posibilitaran que las ideas hallaran el cauce adecuado como guías de la acción transformadora. El sabio educador había meditado sobre la pertinencia de la actuación en el momento adecuado:

No anticipemos la obra del tiempo. Ella es más lenta, a la verdad, pero en recompensa más segura que la del deseo [...] El estado de las respectivas sociedades, no menos que los recursos con que se cuenta, son las señales ciertas que nos han de indicar hasta qué grado puede hacerse la aplicación sin detrimento de la idea maestra o principal.²⁶

El tiempo marcaba la diferencia entre la realidad histórica, que intentaba transformar, y el futuro incierto, que se labraba desde el presente: «Todo es en mí *fue*, y en mi patria *será*». Distinguía la patria a la que dedicaba sus mejores anhelos de forjador de conciencias, del deber ser de la patria soñada: «Que si el *fue* tornare a *es*, no: que el *será* se vuelva *es*, sí».²⁷

Su idea fue profética, dice el Apóstol, quien con justicia valoró que en su momento histórico Luz hizo por la patria cuanto le era dable hacer, aunque la posteridad le deparara la incompreensión de algunos que pretendieron exigirle actitudes combativas e ideas radicales a aquel hombre que padecía «dolores profundos del alma y el cuerpo»,²⁸ limitado por los temores, propios de su clase social y de sus amigos más cercanos, a una revolución cuya violencia consideraban devastadora. Martí advierte que «él, el padre, es desconocido sin razón por los que no tienen ojos con que verlo, y negado a veces por sus propios hijos». Pero la mayoría fue capaz de apreciar su obra en su justa dimensión: «[Los pueblos] leen lo que no se escribe, y oyen lo que no se habla», por lo que «así ama, con apego de hijo, la patria cubana a José de la Luz».²⁹

Este dio pruebas sobradas del inmenso amor que sentía por Cuba. Discípulo de Varela, contribuyó a la argumentación de su idea patriótica y, como él, dedicó sus esfuerzos al mejoramiento del país, de sus habitantes, sin que lo motivara la defensa de intereses personales, como expresara en una de sus polémicas: «yo no tengo

protestas que hacer, ni tengo ingenios ni cafetales, ni más nada en el orbe que un amor profundo por la verdad y la fuerza necesaria para decirla».³⁰ Solo lo guiaba «la inflexible ley del deber»,³¹ que lo alentó en todo momento, inspirado en una moral intachable, «haciendo el sacrificio del amor propio en las aras del amor patrio, única deidad a que he jurado consagrarme».³²

Por su parte, Martí, hijo de una familia de escasos recursos, nunca poseyó más que lo imprescindible para sus pocas necesidades físicas y sus amplísimos anhelos intelectuales. La herencia más valiosa que recibió de sus padres y de su maestro Mendive, desde temprana edad, fue la formación en el amor al trabajo honesto, en la dignidad, en el sentido de la justicia y del deber. Este fue motivación y acicate durante toda su existencia: «el verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber; y ese es el verdadero hombre», porque «el porvenir, sin una sola excepción, está del lado del deber».³³

Coincidieron Luz y Martí en la amplitud del concepto de *patria*, al no situar la propia en un plano de superioridad con respecto a las que otros hombres y mujeres, en zonas diferentes del planeta, valoraban con semejantes sentimientos. Consideraron que, en las interrelaciones humanas, lo más cercano se aprecia con mayor intensidad y merece atención mayor: «Amor a todos los hombres, pero primero a mis compatriotas»,³⁷ dijo el maestro de El Salvador;³⁴ pero ello no niega la patria universal, pues el patriotismo solo es legítimo cuando se integra al principio de la emancipación humana.

En su ideario, el discípulo de Varela asumió el concepto de patriotismo argumentado por este, cuyo contenido incluye tanto el amor al lugar de nacimiento, como al conjunto mayor, nuestro continente, del que Cuba forma parte.³⁵ Continuator de esta idea, Luz le confirió un sentido universal. Expresó su vocación de servicio a los seres humanos de su país y del resto del mundo, y el fundamento espiritual que lo guiaba: «mientras haya un resto de vigor en mis facultades, ese lo sacrificaré gustoso, si se me pide, por amor de nuestra patria y de la humanidad».³⁶ Era evidente que la mayor contribución a los intereses de otros pueblos solo se haría realidad cuando se lograra una sociedad armónica en el país propio, capaz, entonces, de ser útil a los demás, sin el riesgo de perder lo alcanzado en el lugar de nacimiento. Al meditar sobre esa interrelación, expuso: «¿Qué se necesita más para el país, para la humanidad? // ¿A veces no se llevará mejor el interés de esta empezando por llenar el de la patria, sin que en ello reine egoísmo, antes amor universal?».³⁷

En Martí está presente una convicción semejante. El alcance de la revolución que se realizara en Cuba no quedaría circunscrito al ámbito nacional, sino «para bien de América y del mundo»; un «suceso de gran alcance

Al ahondar en los idearios de Luz y Martí acerca de la educación se percibe la coincidencia en el propósito de liberar al hombre de sus ataduras mentales, en tanto concebían que la emancipación social solo sería posible cuando se lograra la de las individualidades que conforman la nación.

humano»³⁸ que contribuiría al equilibrio universal. Su visión de estadista le permitió comprender, desde los primeros pasos en el quehacer político, que su patria era parte indivisible del escenario político mundial, en el que se debatían los intereses europeos y estadounidenses por la posesión de la mayor de las Antillas. En las circunstancias de finales del siglo XIX, avizoró que la Isla podría ser víctima de aquella puja de los poderosos si continuaba en su condición de colonia de la débil España, que sería desplazada, arrollada o pagada. Su patria se convertiría en pontón estratégico en el enfrentamiento que el Norte preparaba contra sus competidores, y solo podría salvarse, y con ella a sus hermanas caribeñas y al resto de América, si lograba, *a tiempo*, la independencia absoluta.

Formado en las mejores tradiciones del humanismo de raíces autóctonas, el Delegado concibió una dimensión trascendente del patriotismo, en la que la existencia del ciudadano vence los límites de su país y se integra al ámbito universal: «Patria es humanidad». Pero esos propósitos se cumplen cuando se garantizan y afianzan los del país propio, pues no «ha de negarse el hombre a cumplir su deber de humanidad, en la porción de ella que tiene más cerca».³⁹

Patriota, no revolucionario

En la «Representación» dirigida a Tacón, que escribiera Luz y firmara Saco, se evidencia una de las más notables contradicciones del sabio educador: entre su patriotismo y su convicción de la imposibilidad de transformar a Cuba en un país independiente mediante la aplicación de métodos violentos. En aquel texto se proclama que el binomio Saco-Luz es *independiente* porque nada lo arredra «cuando grita la voz de la patria»; y ningún temor ni ambición personal han embotado su pluma; porque siempre se ha preocupado por su «desventurada patria»; ha preferido los goces de la conciencia a los del libertinaje y no teme los riesgos y la escasez; a nadie adula, y «nada en el mundo es capaz de comprarme».⁴⁰

Pero Luz, como Saco, consideraba imposible llevar a cabo una revolución. Compartía los temores derivados de un escenario político complejo, en el que

la esclavitud era el centro, alrededor del cual giraban las prevenciones no solo de la oligarquía, sino de las capas medias, todas vinculadas, de un modo u otro, al oprobioso sistema de explotación humana y prevalecían las actitudes temerosas: «¿quién no tiembla al contemplar el enjambre de africanos que nos cercan?» Creía impracticable todo plan semejante a los que llevaron al «desorden» a las nuevas repúblicas del continente, hasta el punto de expresar: «si arrojaran en medio del pueblo cubano al mismo genio de las revoluciones, caería muerto de consunción».⁴¹

Pocos años después, en 1845, las experiencias del país le ratificaron al educador habanero que ni un militar como Napoleón podría revolucionar la Isla, aunque advirtió que si los grandes intereses se vieran afectados, sus representantes podrían adoptar actitudes agresivas: «que le ataquen sus propiedades, y entonces la ovejita *diventa leone*».⁴² Las condiciones, hasta entonces, no habían propiciado más que actividades infructuosas, carentes de las posibilidades internas para el adecuado desarrollo del independentismo.

Luz y sus amigos liberales consideraron que la vía más propicia para intentar cambios favorables sin los riesgos de la violencia, era el reformismo. De este cuerpo heterogéneo de ideas, el maestro de El Salvador no expresaba «los intereses de un reformismo al estilo de la gran burguesía esclavista, sino [...] se enmarcaba en las concepciones de las capas intermedias de la población insular».⁴³ En la primera mitad del siglo XIX hubo circunstancias que posibilitaron a este sector participar en la defensa de los intereses de la incipiente nación cubana. No obstante, se atemorizaban ante los miles de esclavos que los rodeaban, temían perder sus propiedades, y creían que solo el poder de la metrópoli les garantizaría su estabilidad como clase y como individuos.⁴⁴ Cuando Luz y Caballero inició su vida política, a principios de la década de los años 20, comenzaban las luchas conspirativas anticolonialistas, cuyo fracaso dejaría en la memoria de las mayorías un saldo negativo de escepticismo, que llegó a plasmarse en un modo cauteloso de actuación, que incluso Varela aconsejaba entonces a sus seguidores.⁴⁵

El discípulo del Padre fundador se vio inmerso en el quehacer político, siempre en los límites señalados. El amor a los hombres, de raíz cristiana, y los sentimientos

entrañables por su patria, lo llevaron a adoptar lo que Manuel I. Mesa denomina una forma «posibilista» de actuación, cuando asumió la dirección de las actividades del grupo de seguidores de Saco, al partir este a su largo exilio.⁴⁶

Luz deseaba el progreso de su país «sin sacudidas, sin violencias, sin ruinas, sin trastorno, sin efusión de sangre».⁴⁷ Tal opción la preferiría cualquier hombre sensato, aun el más radical revolucionario. Como dijera Martí: «El país va a la guerra, porque ha consumido ya sin fruto todos los resortes de la política española de que pudiera esperar justicia en la paz».⁴⁸ La violencia armada constituía el último recurso a que apelaron los revolucionarios cuando fue necesario, porque «es criminal quien promueve en un país la guerra que se le puede evitar; y quien deja de promover la guerra inevitable».⁴⁹

Afirmar un supuesto enfrentamiento de las concepciones lucistas con las de los hombres del 68 resulta tan erróneo como considerar que las lecciones del gran educador fueron el único elemento que contribuyó a su formación patriótica.⁵⁰ Tan falso es considerarlo un ser sumiso e inactivo, como catalogarlo de ideólogo o dirigente revolucionario. Fue un patriota que, en las condiciones de su época, sobrepasó las limitaciones de su clase y puso toda su sabiduría y empeño en elaborar una concepción científica que permitiera el desarrollo de la conciencia de los hombres de su país, a quienes formaría con nuevos métodos educativos que los hicieran capaces, creía, de transformar la realidad. No fue, analiza Cintio Vitier, «un revolucionario, sino un sensibilizador de la clase de los privilegiados, que era la suya, frente a la iniquidad estructural de la esclavitud».⁵¹ He aquí la enorme diferencia entre el maestro de El Salvador y el autor de «Nuestra América». Mas estas afirmaciones no niegan el patriotismo de José de la Luz y Caballero, ni su actividad política consciente, honesta y valiente, en medio de las condiciones de su época, de su posición social y de sus características personales.

Educación y política

Así lo concibió Martí, cuando a solo unas semanas de emitir el Plan de alzamiento de la guerra necesaria escribió en *Patria* que Luz

consagró la vida entera, escondiéndose de los mismos en que ponía su corazón, a crear hombres rebeldes y cordiales que sacaran a tiempo la patria interrumpida de la nación que la ahoga y corrompe, y le bebe el alma y le clava los vuelos.⁵²

El Delegado no le atribuyó ideas independentistas, ni opinión alguna sobre el llamado a la violencia, sino

que, conocedor de aquella personalidad contradictoria, puso de relieve las antinomias de quien poseía el «fuego de su rebeldía y la salud de su caridad», el que «a solas ardía y centelleaba».⁵³

Estas consideraciones sirven de presentación a dos fragmentos que reprodujo el órgano oficioso del Partido, cuyas ideas —es obvio— compartía el director del periódico. Uno expresa: «Si este cubano insigne no propagó abiertamente las aspiraciones de su alma virtuosa, no fue por españolismo, no; fue por *patriotismo inteligente*». Y advierte: «Aquella era una época inquisitorial de despotismo gubernamental, y el más mínimo desliz político de “Don Pepe” hubiera sido suficiente para que el gobierno *cerrase* su plantel de educación».⁵⁴ Bajo tales condiciones, Luz llevó adelante sus concepciones educativas, contrarias a las del poder colonial. Su obra en El Salvador es denominada por Cintio Vitier como «de acción indirecta».⁵⁵ No puede calificársele de *hombre de acción*, pero sería erróneo considerarlo un ser ajeno a la aplastante realidad de su época.

La suya fue *acción intelectual*. La de Martí, además, incluyó las vías más completas y complejas, en su afán de dar forma y viabilizar la guerra que pondría fin al poder colonial, para la cual debían prepararse, antes de ella y en su curso, los ciudadanos de la futura república. Con estos propósitos fue, a la vez, conspirador, agitador, propagandista, organizador, estrategia político-militar y, sobre todo, forjador de la conciencia de un pueblo.

Al ahondar en los idearios de Luz y Martí acerca de la educación se percibe la coincidencia en el propósito de liberar al hombre de sus ataduras mentales, en tanto concebían que la emancipación social solo sería posible cuando se lograra la de las individualidades que conforman la nación. Las innovaciones que ideó y llevó a cabo el director de El Salvador sentaban las «bases fundacionales de una pedagogía cubana de liberación».⁵⁶ El maestro habanero se propuso formar hombres de mentalidad científica, abierta a una moral ciudadana comprometida con su patria, capaces del mejoramiento de esta, de crear condiciones de desarrollo beneficiosas para la patria, pensamiento matriz que quedó sintetizado en un aforismo: «Tengamos el magisterio y Cuba será nuestra».⁵⁷

Luz, como Martí posteriormente, no divagaba en un ámbito de abstracciones, sino se refería a seres humanos concretos, reales, con características disímiles. Para ambos, el hombre no es solamente un ente material, sino una totalidad en la que se imbrican lo biológico con el componente psíquico, espiritual, sentimental. «Como que el hombre no es espíritu puro: no dándose un solo fenómeno dentro ni fuera de él, que sea puramente espiritual ni puramente corporal», analizaba el director de El Salvador.⁵⁸ El Apóstol expuso una idea semejante:

todo ser vivo aunque imperfecto, está dotado de una suma visible, mayor o menor, de vida espiritual! [...] ¡Y ese sí es el magnífico fenómeno repetido en todas las obras de la naturaleza: la coexistencia, la interdependencia, la interrelación de la materia y el espíritu.⁵⁹

La educación debía llegar a la generalidad de las personas, diferentes entre sí, con posibilidades materiales e intelectuales diversas, pero que podrían ser útiles a la sociedad. En la amplitud del ámbito para lograrlo, hallamos diferencias entre Martí y Luz. Este no se pronunció claramente por la educación popular, ni elaboró proyecto alguno al respecto. Aquel, por el contrario, abogaba por la extensión a todos del derecho al conocimiento. Podría considerarse que el director de El Salvador no tuvo la instrucción popular como objetivo fundamental, pero en las *Memorias* de la Sociedad Económica de Amigos del País consta su preocupación y el deseo de que la enseñanza llegara hasta las clases menesterosas, mediante la gratuidad de su impartición en determinados barrios. Interés semejante demostró por el desarrollo de las bibliotecas, que a su entender debían estar al servicio de las más diversas profesiones, sin olvidar a «los artesanos, que es la clase que más necesita de formarse así en lo material de su oficio como en lo moral para la conducta».⁶⁰

Según su pequeño libro *Guatemala*, Martí aspiraba a que la educación popular que se practicaba en algunos países europeos, como Francia, Suiza y Alemania, fuera un logro de los países que formaban la que sentía como su patria mayor.⁶¹ En un texto posiblemente escrito con posterioridad, precisaba:

Educación popular no quiere decir exclusivamente educación de la clase pobre; sino que todas las clases de la nación, que es lo mismo que el pueblo, sean bien educadas. Así como no hay ninguna razón para que el rico se eduque, y el pobre no, ¿qué razón hay para que se eduque el pobre, y no el rico? Todos son iguales.⁶²

El principio unitario que orientó su labor de dirigente político se manifiesta en la consideración del derecho a la educación, sin diferencias de orden clasista, lo cual deja implícito que la Revolución propiciaría a los menos afortunados iguales oportunidades de desarrollo intelectual que las de otros sectores. El fundamento político de esta hipótesis se halla en múltiples textos martianos, y podrían resumirse en su afirmación: «A un pueblo ignorante puede engañarse con la superstición, y hacerse servil [...] Un pueblo de hombres educados será siempre un pueblo de hombres libres. —La educación es el único medio de salvarse de la esclavitud».⁶³

En el caso de Cuba, para transformar el propósito en realidad era imprescindible que los hijos del país tuvieran en sus manos la dirección de este, lo que solo se alcanzaría mediante una guerra anticolonial que abriera

el cauce a profundas transformaciones materiales y espirituales. Este no podía ser el objetivo de Luz, quien se circunscribía a una *revolución de las conciencias*, realizada con las armas del intelecto. Íntimamente convencido de la trascendencia de su obra, como podemos comprobar con la lectura de diversas cartas personales, solo admitió que su actividad carecía de sentido cuando se sintió derrotado en la mayoría de sus propósitos. En 1852 escribió a Saco: «hace tiempo que no pertenezco a la política, ni a más bandera que la del cristianismo».⁶⁴ Es posible que, entonces, Luz no comprendiera que su labor magisterial, a pesar de todo, continuaba siendo un modo de socavar las bases de la sociedad esclavista y totalitaria del colonialismo.

Martí concibió un propósito similar de emancipación del hombre; pero, en condiciones históricas diferentes, entendió que la transformación de la realidad cubana no podría alcanzarse solamente con la labor educativa, sino con la eliminación de la opresión colonial, y se crearan, en la futura república, las condiciones propicias para la plena realización social e individual. En la etapa de preparación de la guerra necesaria, y en esta, se formarían los ciudadanos de la patria liberada. Debía potenciarse la conciencia patriótica, generalizar la convicción de la capacidad para transformar lo existente; posibilitar los conocimientos más avanzados, asimilados críticamente de otros ámbitos y generados en el nuestro por una ciencia cuyas bases tendrían su núcleo central en la instrucción. Educación, ciencia y conciencia se hallaban, pues, interrelacionados en ambos pensadores, con los matices impuestos por las épocas respectivas. Luz señaló: «Para todo se necesita ciencia y conciencia». Y Martí: «un hombre instruido en la ciencia y en la conciencia, ya está en camino de ser Dios».⁶⁵

En las ideas martianas se percibe el influjo de las concepciones lucistas sobre la formación del pensamiento emancipador. Luz y Caballero analizó el complejo proceso que permite a los seres humanos asumir una actitud transformadora de la realidad: «cuando queremos que cambien las acciones de los hombres, nos empeñamos en cambiar sus ideas». Para lograrlo debe incidirse en el mundo espiritual de los individuos, pues «todo es armónico en este mundo, los sentimientos producen ideas y las ideas producen sentimientos que son los padres inmediatos de las acciones».⁶⁶ Esta proposición, que trasciende su época, se imbrica con el análisis de sus objetivos, señalados en medio de la polémica filosófica: «aspiraba con el más vehemente ahínco a hacer una revolución en las ideas para servir de base a una revolución política».⁶⁷ La *revolución* que concebía, como ya ha quedado expuesto, no utilizaría la violencia para lograr las transformaciones necesarias, sino las alcanzaría mediante la actuación de

los individuos en el marco legal, movidos por sus convicciones. Debemos entender su concepto de *lucha* en este sentido y con estos límites, que caracterizan y restringen expresiones como: «Lucha ha sido y aun será menester. ¡Salvo [*sic*] a la lucha! que es el único medio de conseguir los grandes fines».⁶⁸

Resulta innecesario argumentar el contenido diferente de tales términos en el ideario martiano. Pero en este hay similitudes con el enunciado lucista acerca de la influencia del cambio de las ideas sobre la actuación del hombre: «las batallas de armas que han de seguir a las batallas de pensamientos».⁶⁹ La fuerza de esta incidencia quedó bellamente expresada en «Nuestra América»: «Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados».⁷⁰ Cada ciudadano debe ser educado de modo que asuma conscientemente su función de agente de la transformación social. Una correcta apreciación del proyecto educacional martiano, por tanto, debe abarcar mucho más que sus ideas acerca de los cambios que deberían introducirse en las escuelas de Cuba y América, para convertirlas en formadoras de hombres para la vida en el continente nuevo, donde «ha de hacerse una revolución radical en la educación»,⁷¹ con la generalización del estudio de las ciencias, desde la primaria a la Universidad, y con el cumplimiento por los gobiernos de la misión de dirigir las fuerzas de modo que fueran aprovechados los elementos de prosperidad de cada país, pues «se estaba cometiendo en el sistema de educación en la América Latina un error gravísimo» al formar a los ciudadanos para la vida urbana en países eminentemente agrícolas.

Estas ideas, de suma importancia, y por cuya aplicación espera la mayoría de las naciones de nuestro continente y del mundo, conforman los aspectos puntuales de la estrategia educacional martiana, cuya mayor trascendencia se halla en los principios que la fundamentan, y constituyen parte esencial de su proyecto de República. No fue casual que estos pronunciamientos se hallaran en el discurso con que dio inicio a la nueva etapa de preparación de las fuerzas patrióticas, que culminaría el 24 de febrero de 1895.

Para hacer realidad el proyecto revolucionario la primera transformación debía ocurrir en cada ciudadano, educado en el principio de «pensar por sí propio», pues «el primer deber de un hombre es pensar por sí mismo»,⁷² tema al cual dedicó Luz parte de sus meditaciones, en las que se reconoció heredero del padre Varela: «mientras se piense en la tierra de Cuba, se pensará en quien nos enseñó primero en pensar».⁷³ El discípulo insistía en esta lección del Padre fundador, quien preconizó que el razonamiento, la valoración de cuantos elementos dispongamos, deben preceder a la actuación, y consecuente con este criterio, en un texto

precisó: «Nosotros tratamos de pensar como se debe, y de obrar como se piensa»,⁷⁴ y en uno de sus aforismos: «Piensa para obrar, y para no obrar piensa». Su llamado a la *acción intelectual* tenía como fundamento la convicción de que: «La palabra es más poderosa que el cañón».⁷⁵ Este aforismo halla eco en un texto martiano: «Trincheras de ideas, valen más que trincheras de piedras».⁷⁶ Ambos conceden a las convicciones el valor de motivación principal que mueve a los hombres, aunque, para el Apóstol, estos debían transformar las ideas en fuerza material, revolucionaria.

Visión de los Estados Unidos

Luz fue un admirador de muchas características de los Estados Unidos, que visitó en dos ocasiones, en 1828 y 1841. Allí compartió con patriotas de mentes tan lúcidas como Varela y Saco, quienes coincidían con sus opiniones favorables sobre los adelantos materiales de aquella sociedad, a la vez que rechazaban la idea de la anexión de Cuba al vecino poderoso. Luz se opuso a tales tentativas, en general, y particularmente mediante conspiraciones e invasiones, convencido de las graves consecuencias que tales procedimientos podrían acarrear para la Isla. Sus principios éticos lo alejaban de los grupos dispuestos a apelar a la violencia para defender sus intereses esclavistas. Difería no solo de los métodos, sino también de los objetivos de quienes pretendían subordinar nuestra incipiente nacionalidad a un pueblo que tanto se alejaba de su ideal de hombres emancipados, dueños de sí, capaces de pensamiento propio y diverso, diferentes de aquellos cuya preocupación constante por el enriquecimiento material había hecho tan parecidos unos a otros que «de la especie *yankee*: allí sí puede decirse *ab uno disce omnes*» (por uno se conoce a todos).⁷⁷

Apreciaciones similares fueron las de Martí, quien vivió en la nación del norte en una etapa histórica diferente y durante un período prolongado, de modo que su conocimiento fue mucho más profundo. Analizó la conversión de la que muchos suponían ejemplo de democracia en una república oligárquica, y alertó sobre los defectos del país norteamericano, al que admiró por sus logros tecnológicos, pero criticó con visión de revolucionario, confirmado por sus vivencias en México, en una etapa en que su segunda patria sufría las amenazas y los zarpazos del prepotente vecino. Cuando organizaba la revolución, el experimentado dirigente había alcanzado la plena madurez de su pensamiento político. El antianexionismo se inscribe en su concepción antimperialista, pues su decisión de enfrentar las aspiraciones del gobierno yanqui de tomar para sí a Cuba y Puerto Rico formaba parte de su

estrategia continental, que abarcaba mucho más que la expulsión de los últimos vestigios del dominio ibérico en América: «Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son solo dos islas las que vamos a libertar».⁷⁸

Para Luz y Caballero, en sus circunstancias históricas, no era factible llegar a las conclusiones y previsiones martianas con respecto a las tendencias hegemónicas del país norteamericano, pero ambos pensadores coincidieron en las apreciaciones críticas sobre las instituciones que lo regían. En las primeras décadas del siglo XIX prevalecía la creencia de que los avances materiales de los Estados Unidos se debían al magnífico desempeño de su gobierno, pero el análisis lucista de las causas del desarrollo económico de aquel país le permitió conocer que, en realidad, era deudor de condiciones naturales favorables. Al profundizar en los resultados, vistos en conjunto, concluyó: «Los Estados Unidos: una colmena que rinde mucha cera, pero ninguna miel», consideración que apuntaba no solo ni principalmente a la producción material sino a la valoración ética de los resultados del fragor constante que apreciaba en ciudades y campos.⁷⁹

De igual modo estimó la actitud prevaleciente en la generalidad de la población: «Todos más *cantos*, más calculadores», pendientes de réditos y haberes, considerados de modo individual y egoísta, sin reparar en las necesidades de sus semejantes y de la nación. Reconoce que en el pasado de aquella nación hubo personas que se arriesgaron en tareas difíciles y peligrosas, y levantaron empresas notables y fortunas considerables; pero otro espíritu muy diferente guiaba a quienes pretendían enriquecerse a costa de la explotación despiadada de su pueblo y de las naciones que pudieran sojuzgar: «¡Qué diverso carácter ofrecen los emprendedores de hoy, los conquistadores!» Para estos, en los años que analiza Luz, solo era válida «la idea de libertad mercantil, y nuevos mundos consumidores».⁸⁰

Hombre observador y analítico, se percató de la tendencia de aquel país en expansión, en cuyos sectores industrial y comercial prevalecía una noción de la libertad muy diferente a la suya. El apetito de aquellos no reparaba más que en las utilidades que les proporcionaría el saqueo del territorio propio y de las regiones donde alcanzaran sus negocios. No cabía en la mente y el corazón de quien tanto amaba a Cuba verla unida a una nación cuyas realidad y proyecciones eran más de temer que de admirar. Lo guiaban principios de justicia y moral, muy alejados del mercantilismo y la explotación: «Es menester proceder no solo por razones de conveniencia y por el espíritu del siglo, sino principalmente por la *razón* y la conciencia», y sostenía que quienes no actuaban movidos por estos valores se alejaban «de la verdadera

civilización». La conducción de los seres humanos debía tener un sólido fundamento ético: «En otros términos, quede para siempre desterrada la distinción entre el principio *moral* y el *político*».⁸¹

Una política que careciera de firmes bases morales justificaría acciones orientadas exclusivamente a la obtención de la mayor utilidad material y conduciría a la justificación de cualquier medio para lograr los fines: «Esta es la moral de la tiranía»,⁸² a la que ambos patriotas se enfrentaron, en sus épocas respectivas, con el empleo de los métodos que consideraron adecuados.

Luz-Martí

Fueron considerables las desemejanzas entre las primeras décadas del siglo XIX, época en que vivió Luz, y las finales, cuando Martí desplegó su labor creativa. Sin embargo, pervivían las lacras sociales, políticas y económicas propias del régimen colonial, y las secuelas del sistema esclavista, después de su desaparición legal. Estas realidades constituyen las bases que permiten comprender las diferencias de criterios y actitudes entre Luz y Martí, tanto como sus notables coincidencias, apreciables en múltiples aspectos, que hacen posible referirse al Apóstol como un continuador, y superador, en sentido dialéctico, del ideario lucista sobre la formación de seres humanos emancipados, la igualdad esencial de estos, y el enfrentamiento a la opresión social y personal, sustentados en sólidos principios éticos, sobre los que aspiraron a fundar la patria cubana.

Notas

1. José Martí, «Carta a Ángel Peláez» (19 de enero de 1892), *Epistolario (Ep.)*, t. III, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla; prólogo de Juan Marinello, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, p. 21. (Las cursivas son mías. IH).
2. José Martí, «En casa» (*Patria*, 21 de mayo de 1892), *Obras completas (OC)*, t. 5, La Habana, 1963-1973, p. 367.
3. Véase José Martí, «Boletín» (*Revista Universal*, México, 26 de agosto de 1875), *Obras completas. Edición Crítica (OCEC)*, t. 3, Centro de Estudios Martianos, La Habana, pp. 93-4. (Las cursivas son mías. IH).
4. José Martí, «Carta a Vidal Morales» (8 de julio de 1882), *Ep.*, t. I, p. 233.
5. José Martí, «Cartas inéditas de José de la Luz» (*El Economista Americano*, marzo de 1888), *OC*, t. 5, p. 249.
6. En *Vida de Don José de la Luz y Caballero* lo presenta como un pacifista a ultranza y un católico obediente a los dictados romanos por sobre el palpitar de su patria. Véase José Ignacio Rodríguez, *Vida de Don José de la Luz y Caballero* (Imprenta de *El Mundo Nuevo-La América Ilustrada*, Nueva York, 1874). La segunda edición,

corregida y aumentada (Imprenta y librería de N. Ponce de León, Nueva York, 1879) es la que utilizo en este trabajo.

7. En 1890, Sanguily publicó *José de la Luz y Caballero. Estudio Crítico*. En el «Prólogo», expresa que el texto «es el mismo que se publicó la primera vez en el número de la *Revista Cubana* correspondiente al 30 de junio de 1885». He utilizado la edición del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1962.

8. Alicia Conde Rodríguez, «Ensayo introductorio. Para una teoría crítica de la emancipación cubana», en *La polémica filosófica cubana. 1828-1839*, v. I, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 2000, pp. 7-12.

9. Véase José de la Luz y Caballero, «Rasgo de la juventud en el entierro del Obispo Espada» (*Diario de La Habana*, agosto de 1821), *Obras*, (ensayo introductorio, compilación y notas de Alicia Conde), v. IV, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 2001, pp. 302-3. Solo aparecen ligeras modificaciones en la puntuación y los signos de admiración en el fragmento reproducido por Martí en «Antonio Bachiller y Morales» (*El Avisador Hispano-americano*, 24 de enero de 1889), *OC*, t. 5, p. 145-6.

10. José Martí, «Discurso en Hardman Hall» (Nueva York, 17 [14] de febrero de 1892, *Patria*, suplemento, 14 de marzo de 1892), *OC*, t. 4, p. 303. Véase Medardo Vitier, *Martí. Estudio integral*, La Habana, 1954, p. 321.

11. José Martí, «Juan Gualberto Gómez en la Sociedad de Amigos del País» (*Patria*, 11 de junio de 1892), *OC*, t. 4, p. 418.

12. José Martí, «José de la Luz» (*Patria*, 17 de noviembre de 1894), *OC*, t. 5, p. 273.

13. José Martí, «Francisco de Paula Vigil...», ed. cit., p. 94.

14. José Martí, «Carta a Benjamín J. Guerra» (Nueva York, 26 de marzo de 1892), *Ep*, t. III, p. 65.

15. José de la Luz y Caballero, «Discurso pronunciado en el Seminario de San Carlos en la apertura del curso de Filosofía el 14 de septiembre de 1824», *Obras*, v. III, p. 1-2. Véase Alicia Conde Rodríguez, «José de la Luz. Raíces...» (ensayo introductorio), en J. L. C., *Obras*, v. I, ed. cit., pp. 21-2.

16. Ídem; Ramiro Guerra Sánchez, *José de la Luz y Caballero como político*, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 1957, p. 30-5.

17. Luz y Caballero fue acusado de abolicionista y de mantener vínculos con el ex-cónsul inglés David Turnbull para provocar la sublevación de dotaciones de esclavos, por lo que se decretó su detención.

18. Sobre el tema, véase Carlos Rafael Rodríguez, «José de la Luz y Caballero», *Letra con filo*, t. 3, Ediciones Unión, La Habana, 1987, p. 96 y 105-8.

19. Manuel Sanguily, ob. cit., p. 251. Véase Alicia Conde, «José de la Luz...», ed. cit., pp. 2-4.

20. José Martí, «José de la Luz», ed. cit. (Énfasis mío. IH.)

21. José Martí, «Carta a Manuel Mercado» (Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895), *Textos martianos. Edición crítica*, Editora Política, La Habana, 1995, p. 44.

22. José Martí, «Cartas inéditas de José de la Luz», ed. cit., p. 249.

23. José Martí, «José de la Luz», ed. cit., p. 271.

24. Carlos R. Rodríguez, ob. cit., t. 3, p. 96-7.

25. José Martí, «José de la Luz», ed. cit. (Énfasis mío. I.H.)

26. José de la Luz y Caballero, «Aforismos», 524, *Obras*, ed. cit., p. 246.

27. José de la Luz y Caballero, «Aforismos», 4 y 5, *Obras*, ed. cit., p. 69. Véase Eduardo Torres-Cuevas, «José de la Luz y Caballero: “El silencioso fundador de la idea cubana”», *Historia del pensamiento cubano*, v. I, t. 2, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, p. 101.

28. José Martí, «Cartas inéditas de José de la Luz», ed. cit., p. 249.

29. José Martí, «José de la Luz», ed. cit., pp. 272-3. (Énfasis mío. I.H.)

30. José de la Luz y Caballero, «Camino de hierro», *Escritos sociales y científicos*, Biblioteca de Autores Cubanos, 20, *Obras de José de la Luz y Caballero*, v. V, Editorial de la Universidad de La Habana, La Habana, 1955, p. 62.

31. *Ibidem*, p. 73. (Énfasis mío. IH.)

32. José de la Luz y Caballero, «Voto particular sobre pesetas sevillanas», *Obras*, v. IV, ed. cit., p. 87.

33. José Martí, «Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868» (Nueva York, 10 de octubre de 1890), *OC*, t. 4, p. 247. Véase Cintio Vitier, «La eticidad revolucionaria martiana», *Temas martianos. Segunda serie*, Centro de Estudios Martianos y Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1982, p. 306.

34. José de la Luz y Caballero, «Aforismos», 6, *Obras*, v. I, p. 69.

35. Véase Eduardo Torres-Cuevas, *Félix Varela. Los orígenes de la ciencia y la conciencia cubanas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995, p. 244.

36. José de la Luz y Caballero, «Despedida de la Sociedad Patriótica», *Obras*, v. IV, p. 98.

37. José de la Luz y Caballero, «Aforismos», 3, *Obras*, v. I, p. 68.

38. José Martí, *Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario Cubano a Cuba*, Edición facsimilar, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985, pp. 2-28.

39. José Martí, «La *Revista Literaria Dominicense*» (*Patria*, 26 de enero de 1895), *OC*, t. 5, p. 468.

40. José Antonio Saco, «Representación de Don José Antonio Saco al Excmo. Señor Gobernador y Capitán General Don Miguel Tacón» (21 de julio de 1834), *Obras*, v. III, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 2001, pp. 63-4.

41. *Ibidem*, p. 69.

42. José de la Luz y Caballero, «Aforismos», 539, *Obras*, v. I, p. 250. La expresión latina expresa: «se convierte en león» (nota de la editorial de *Obras*).

43. Oscar Loyola, «La sociedad insular», en Francisca López Civeira, Oscar Loyola y Arnaldo Silva León, *Cuba y su historia*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 2005, pp. 43-6; Ramiro Guerra, *José de la Luz y Caballero...*, ob. cit., pp. 43-6.

44. Véase Eduardo Torres-Cuevas, «De la Ilustración reformista al reformismo liberal», y María del Carmen Barcia Zequeira y Eduardo Torres-Cuevas, «El debilitamiento de las relaciones sociales esclavistas. Del reformismo liberal a la revolución independentista», *Historia de Cuba. La Colonia. Evolución socioeconómica y formación nacional. De los orígenes hasta 1867*, Instituto de Historia de Cuba, Editora Política, La Habana, 1994, pp. 343-53 y 432-7, respectivamente.

45. Varela recomendaba: «Cautela, mis amigos, sí cautela», en «Carta a Señores Redactores de la *Revista Cubana*» (Nueva York, 28 de febrero de 1832), *Obras*, ed. cit., t. II, p. 316.
46. Véase Manuel I. Mesa Rodríguez, *Don José de la Luz y Caballero. Biografía documental*, Editorial de la Logia Realidad n. 8, La Habana, 1847, p. 287. Medardo Vitier (*Las ideas en Cuba. La Filosofía en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002, pp. 69-70 y 82) considera en Luz la presencia de una dirección *realista* en su política.
47. José Ignacio Rodríguez, ob. cit., p. 208.
48. José Martí, «Los cubanos de Ocala» (*Patria*, 2 de julio de 1892), *OC*, t. 2, p. 51.
49. José Martí, «Nuestras ideas» (*Patria*, 14 de marzo de 1892), *OC*, t. 1, p. 315.
50. La afirmación se sustenta en que diversos alumnos y profesores de los colegios de Luz ocuparon lugares relevantes en la Guerra de los Diez Años. Pero el análisis de sus biografías permite comprobar que fueron múltiples las condicionantes que desarrollaron en ellos la aspiración de independencia. Véase Eduardo Torres-Cuevas, «José de la Luz y Caballero...», ed. cit., p. 106; Carlos Rafael Rodríguez, ob. cit., t. 3, pp. 107-8; y Manuel Sanguily, ob. cit., pp. 251-3.
51. Véase Daisaku Ikeda y Cintio Vitier, *Diálogo sobre José Martí, el Apóstol de Cuba*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2001, p. 34.
52. José Martí, «José de la Luz», ed. cit., p. 272.
53. *Ibidem*, p. 271.
54. Párrafos de Alt Wander, *La Verdad* (*Patria*, 17 de noviembre de 1894). (Énfasis de Wander).
55. Cintio Vitier, *Ese sol del mundo moral. Para una historia de la eticidad cubana*, Ediciones Unión, La Habana, 1975, p. 31.
56. Alicia Conde, «Presentación», en José de la Luz y Caballero, *Obras*, ed. cit., v. III, p. VIII.
57. José de la Luz y Caballero, «Aforismos», 590, *Obras*, ed. cit., v. I, p. 263.
58. José de la Luz y Caballero, «Elenco de 1840», *Obras*, ed. cit., v. III, p. 113.
59. José Martí, «Sección constante» (*La Opinión Nacional*, Caracas, 15 de junio de 1882), *OC*, t. 23, p. 316-7.
60. José de la Luz y Caballero, «Carta a Juan Luis Alfonso» (13 de abril de 1839), *Obras*, v. V, p. 125. Sobre el tema, véase Perla Cartaya, «La época, la sociedad y el filósofo-educador (1800-1862)», *José de la Luz y Caballero y la pedagogía de su época*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989, pp. 82-8.
61. José Martí, *Guatemala* (1878), *OC*, t. 7, p. 155.
62. José Martí, «Educación popular», *OC*, t. 19, pp. 375-6.
63. *Ídem*.
64. José de la Luz y Caballero, «Carta a José Antonio Saco» (8 de septiembre de 1852), *Obras*, v. V, p. 177.
65. José de la Luz y Caballero, «Aforismos», 205, *Obras*, v. I, p. 142; José Martí, «Educación popular», ob. cit.
66. José de la Luz y Caballero, «El principio de utilidad en el Elenco de Carraguao», *La Polémica Filosófica*, en *Obras*, ed. cit., v. I, p. 350.
67. José de la Luz y Caballero, «Segunda refutación a *Tulio* sobre el eclecticismo de Cousin», *ibidem*, v. I, p. 417.
68. José de la Luz y Caballero, «Elenco de 1840. Noción de Filosofía», *Obras*, v. III, p. 125.
69. José Martí, «A los cubanos» (Nueva York, septiembre de 1890), *Ep.*, t. II, p. 217.
70. José Martí, «Nuestra América», *Textos martianos*, ed. cit., p. 1.
71. José Martí, «Escuela de mecánica» (*La América*, septiembre de 1883), *OC*, t. 8, p. 279.
72. José Martí, «Hombre de campo», *OC*, t. 19, p. 381.
73. José de la Luz y Caballero, «Rectificación. Identificación filosófica con mi maestro Varela», *Polémica*, ed. cit., v. II, p. 696.
74. José de la Luz y Caballero, «Elenco de 1839. Apéndice crítico al Elenco de 1835», *Obras*, v. III, p. 95.
75. José de la Luz y Caballero, «Aforismos», 545, *Obras*, v. I, p. 251.
76. José Martí, «Nuestra América», ob. cit., p. 1.
77. José de la Luz y Caballero, «Aforismos», 493, *Obras*, v. I, p. 263. (Énfasis de Luz).
78. José Martí, «El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución, y el deber de Cuba en América» (*Patria*, 17 de abril de 1894), *OC*, t. 3, p. 142.
79. José Martí, «Carta a Manuel Mercado», ob. cit., p. 44.
80. José de la Luz y Caballero, «Aforismos», 494, *Obras*, v. I, p. 236.
81. *Ibidem*, 498 y 496, pp. 238 y 237. (Énfasis de Luz).
82. *Ibidem*, 504, p. 240. (Énfasis de Luz).
83. *Ibidem*, 200, p. 141.